

IV

Malignon, tumbado sobre una butaca, alargando las piernas ante el gran fuego que flameaba, aguardaba tranquilamente. Había tenido el refinamiento de cerrar los postigos de las ventanas y de encender las bujías. La primera habitación, en la cual se encontraba, estaba vivamente alumbrada por una pequeña araña y por dos candelabros. En la alcoba, por el contrario, reinaba la obscuridad; sólo la suspensión de cristal ponía allí un crepúsculo medio extinguido. Malignon sacó el reloj.

—¡Canastos!—murmuró.—¿A que me va á dar plantón hoy también?

Y bostezó ligeramente. Esperaba desde hacía una hora, y no se divertía gran cosa. Sin embargo, se levantó y echó un vistazo á los preparativos. El arreglo de los sillones no le agradó, é hizo rodar una marquesina hasta la chimenea. Las bujías ardían poniendo reflejos de rosa en las colgaduras de cretona, y la habitación se caldeaba, silenciosa, cerrada herméticamente, en tanto que, por fuera, silbaban bruscas ráfagas de viento. Después, visitó el pollo la al-

coba por segunda vez, y en ella experimentó una sensación de vanidad; le parecía muy bien, completamente «chic», con su lecho perdido en una sombra voluptuosa. En el momento en que estaba colocando bien los bordados de las almohadas, dieron en la puerta tres golpes rápidos. Era la seña.

—¡Por fin!—dijo en voz alta, con aire de triunfo.

Y corrió á abrir. Entró Julieta, con el velo echado, envuelta en un abrigo de pieles. En tanto que Malignon cerraba suavemente la puerta, la joven permaneció un momento inmóvil, sin que se pudiese ver la emoción que le cortaba la palabra. Pero antes de que el joven hubiera tenido tiempo de tomarle la mano, se levantó ella el velo, y descubrió su rostro sonriente, algo pálido, muy tranquilo.

—¡Toma! ¿Ha encendido usted?—exclamó.—Creí que detestaba usted las luces en pleno día.

Malignon, que se disponía á estrecharla entre sus brazos, con apasionado ademán que tenía estudiado, se sintió desconcertado y explicó que el día era muy feo, y que sus ventanas daban á terrenos horribles. Por otra parte, adoraba la noche.

—Con usted no sabe una nunca á qué atenerse,—replicó ella bromeando.—La primavera pasada, en mi baile de niños, me armó usted un cisco regular; estaba uno en una tumba, parecía que entraba en casa de un muerto... En fin, admitamos que el gusto de usted ha cambiado.

Parecía hallarse en visita, afectando una seguridad que la ponía la voz un tanto gruesa. Era este el único indicio de su turbación. A ratos, mostraba una contracción leve de la barbilla, como si expe-

rimentase cierta incomodidad en la garganta. Pero sus ojos relucían, y estaba saboreando el vivo placer de su imprudencia. Aquello la cambiaba, y pensaba en Madame de Chermette, que tenía un amante. ¡Dios mío! Aquello tenía gracia al fin y al cabo.

—Veamos la instalación de usted,—continuó.

Y dió la vuelta á la habitación. El la seguía, reflexionando que hubiera debido besarla en el primer momento; entonces ya no podía, y no tenía más recurso que esperar. Entre tanto, Julieta contemplaba los muebles, examinaba las paredes, levantaba la cabeza, y retrocedía sin dejar de hablar.

—No me gusta esa cretona. Es de una vulgaridad... ¿Dónde ha encontrado usted ese abominable rosa?... Hombre, ahí tiene usted una silla que sería bonita si no tuviera tanto dorado... Y ni un cuadro, ni una figurilla... Nada más que la araña y los candelabros, que no tienen estilo... Bueno, amigo mío; ¡venga usted ahora á burlarse de mi pabellón japonés!

Y se reía, vengándose de los antiguos ataques del pollo, por los cuales siempre le había conservado rencor.

—Es bonito el gusto de usted, á fe mía... Pero ¿no sabe usted que mi monigote solo vale más que todo su mobiliario?... Un hortera no hubiera querido ese rosa... ¿Ha pensado usted que iba á seducir á su lavandera?

Malignon, muy vejado, no respondía nada. Intentaba conducirla á la alcoba. Julieta se quedó en el dintel, diciendo que no entraba en sitios en que estaba tan obscuro. Por otro lado, ya lo veía bastante;

la alcoba estaba á la altura del salón. Todo aquello salía del arrabal de San Antonio. Sobre todo, la suspensión fué lo que más la regocijó. Se mostraba despiadada, y no paraba de hablar de aquella mariposa de quincalla, el sueño de todas las obreritas que no tienen muebles propios. Lámparas como aquellas las había en todos los bazares á siete francos cincuenta.

—Me ha costado noventa francos,—acabó por explicar Malignon, impacientado.

Entonces Julieta se mostró encantada por haberle hecho montar en cólera. Cuando se hubo calmado, preguntó Malignon astutamente:

—¿No se quita usted el abrigo?

—Sí,—respondió ella.—Hace un calor en esta casa...

Se quitó también el sombrero, que Malignon fué á colocar con el abrigo sobre el lecho. Cuando volvió á la salita, la halló sentada delante del fuego, mirando aún en torno. Julieta se había vuelto á poner seria, y consintió en mostrarse conciliadora.

—Es muy feo,—dijo,—pero no está usted del todo mal aquí. Las dos habitaciones hubieran podido quedar divinamente.

—¡Oh! Para lo que me sirven...—dijo el pollo con gesto de despreocupación.

En seguida se arrepintió de tan estúpida frase. No era posible ser más grosero ni más torpe. Julieta había bajado la cabeza, asaltada de nuevo por una incomodidad dolorosa en la garganta. Por un instante, acababa de olvidar para qué estaba allí. Ma-

lignon quiso al menos aprovecharse de la turbación en que la había puesto.

—Julieta...—murmuró inclinándose hacia ella.

La joven le hizo sentar con un ademán. Había sido en los baños de mar de Trouville donde Malignon, aburrido por la vista del Océano, había tenido la peregrina idea de enamorarse. Desde hacía ya tres años, vivían en una familiaridad regañona. Una noche, él le tomó la mano. Ella no se incomodó, y empezó por bromear. Después, con la cabeza vacía y el corazón libre, Julieta se figuró que le amaba. Hasta aquel día, había hecho poco más ó menos lo que hacían sus amigas en torno de ella; pero le faltaba una pasión; la curiosidad y el deseo de ser como las otras la impulsaron. Al principio, si el joven se hubiera mostrado brutal, ella habría sucumbido infaliblemente. Pero Malignon tuvo la fatuidad de querer vencer por su ingenio, y la dejó acostumbrarse al juego de coqueta á que jugaba. De modo que, desde su primera violencia, una noche en que contemplaban el mar los dos juntos, como dos amantes de ópera cómica, Julieta lo había rechazado, asombrada, irritada porque él la estropeaba aquella novela que la divertía.

En París, Malignon se había jurado ser más hábil. Habíala vuelto á coger en un período de aburrimiento, al final de un invierno fatigoso, cuando los placeres conocidos, las comidas, los bailes, los estrenos, comenzaban á desconsolarla por su monotonía. La idea de una habitación amueblada en un barrio apartado, el misterio de semejante cita, el punto de aroma sospechoso que olfateaba, ha-

bían seducido á Julieta. Aquello le parecía original, y había que verlo todo. Y Julieta sentía, en el fondo de su sér, una calma tan hermosa, que no estaba mucho más turbada en casa de Malignon que en los talleres de los pintores á quienes visitaba para pedirles lienzos para sus ventas de caridad.

—Julieta... Julieta...—repetía el joven, buscando inflexiones de voz acariciadoras.

—Veamos, sea usted razonable,—dijo ella tranquilamente.

Y tomó de la chimenea un abanico japonés, y continuó, con la mayor soltura, como si se hallase en su propio salón:

—Ya sabe usted que hemos ensayado esta mañana... Me parece que no he estado muy feliz al escoger á madame Berthier. Hace una Matilde lloricona, insoportable... Aquel monólogo tan bonito, cuando se dirige á su bolsa: «Pobrecita mía, te besaba hace un momento...», pues bien, lo recita como una colegiala que ha preparado un saludo... Me tiene muy inquieta.

—¿Y madame de Guiraud?—preguntó él, acercando más la silla y cogiéndole una mano.

—¡Oh, magnífica!... He descubierto en ella á una excelente madame de Léry, que tiene intención, expresión y...

Le abandonaba la mano, que Malignon besaba entre dos frases, sin que la joven pareciera percatarse de ello.

—Pero lo peor del caso,—decía,—es que no esté usted allí. En primer lugar, haría observaciones á madame Berthier; además, es imposible que lle-

guemos á tener un buen conjunto si no va usted nunca.

Malignon había logrado pasarle un brazo al redor del talle.

—Desde el momento en que sé mi papel...—murmuró.

—Sí, muy conforme; pero hay que arreglar el juego escénico. Es usted muy poco amable, por no dedicarnos dos ó tres mañanas...

No pudo continuar, porque Malignon le estaba depositando una lluvia de besos en el cuello. Entonces, tuvo Julieta que fijarse en que él la tenía abrazada, y le rechazó, abofeteándole ligeramente con el abanico japonés que aun tenía en la mano. Sin duda se había jurado no dejarle pasar más adelante. Su blanco rostro enrojecía bajo el ardiente reflejo del fuego, y sus labios se adelgazaban con el mohín de una mujer curiosa á la que asombran tales emociones. ¿De verdad no era más que orgullo? Hubiera sido preciso llegar hasta el fin; y la asaltaba una especie de miedo.

—Déjeme usted,—balbuceó, sonriendo con aire forzado.—Me voy á incomodar...

Pero Malignon creyó que la había conmovido. Con la mayor frialdad pensaba:

—Si la dejo salir de aquí como ha entrado, está perdida para mí.

Las palabras de Julieta eran inútiles; el joven le volvió á coger las manos, y quiso subir hasta los hombros. Por un instante, Julieta pareció entregarse. No tenía más que cerrar los ojos, y sabría. Acometíala este deseo, y lo discutía en su interior

con gran lucidez. Entre tanto, le pareció que alguien gritaba *no*. Era ella la que había gritado aún antes de haberse respondido á sí misma.

—¡No, no!—repetía.—Déjeme usted... Me hace daño... No quiero... no quiero.

Y como Malignon seguía sin decir nada, empujándola hacia la alcoba, la joven se desasíó con violencia. Obedecía á movimientos muy singulares, ajenos á sus deseos; estaba irritada contra sí misma y contra él. En su turbación se le escapaban palabras incoherentes. ¡Ah! Ciertamente que él la recompensaba muy mal por su confianza. ¿Qué esperaba al mostrar semejante brutalidad? Llegó hasta tratarle de cobarde. Nunca, nunca le volvería á ver. Pero Malignon la dejaba hablar para aturdirse, y la perseguía con risa maliciosa y tonta. Julieta acabó por balbucear, refugiándose detrás de un sillón, vencida de pronto, comprendiendo que le pertenecía sin que él hubiera extendido aún las manos para tomarla. Fué uno de los minutos más desagradables de su existencia.

Y estaban allí, frente á frente, con el rostro alterado, avergonzado y violento, cuando se oyó de repente un ruido. Al punto no comprendieron. Habíase abierto una puerta, y unos pasos atravesaban la alcoba, en tanto que una voz les gritaba:

—¡Huyan!... ¡Huyan! Van ustedes á ser sorprendidos.

Era Elena. Los dos, estupefactos, la contemplaban. Su asombro era tan grande, que olvidaban lo embarazoso de su situación. Julieta no tuvo ni siquiera un movimiento de contrariedad.

—¡Huya usted!—repetía Elena.—Su marido estará aquí dentro de dos minutos...

—¡Mi marido!—tartamudeó la joven.—¡Mi marido!... ¿Por qué? ¿Para qué?

Volvíase imbécil. Todo se hacía un caos en su cabeza. Le parecía prodigioso que Elena estuviese allí y le hablase de su marido. Pero la joven hizo un gesto de cólera.

—¡Ah! ¿Cree usted que tenemos tiempo de explicarnos?... Va á venir. Ya está usted advertida. Váyase en seguida... ¡Váyanse los dos!

Entonces, Julieta entró en agitación extraordinaria. Corría por medio de las habitaciones, trastornada, profiriendo palabras incoherentes:

—¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío!... Gracias. ¿Dónde está mi abrigo! ¡Qué majadería tener una alcoba tan oscura!... Déme usted mi abrigo... Traiga una bujía para que encuentre mi abrigo... Amiga mía, no haga usted caso si no le doy las gracias... No sé dónde están las mangas... No, no sé, no puedo...

El miedo la paralizaba, y fué preciso que Elena la ayudara á ponerse el abrigo. Julieta se puso el sombrero al revés, y ni siquiera se ató las bridas, pero lo peor fué que perdieron un minuto largo en buscar el velo, que se había caído debajo de la cama. Baluceaba la joven, con las manos perdidas y temblorosas, palpándose á sí misma para ver si no olvidaba algo comprometedor.

—¡Qué lección! ¡Qué lección! ¡Una y no más, lo juro!

Malignon, muy pálido, tenía rostro de imbécil,

Golpeaba el suelo con el pie, viéndose detestado y en ridículo. La única reflexión clara que estaba en estado de hacerse, era que decididamente no tenía suerte. No le subió á los labios más que esta desdichada pregunta:

—Entonces, ¿créé usted que yo debo irme también?

Y como Elena no le respondiera, tomó su bastón sin dejar de hablar, para fingir hermosa sangre fría. Había tiempo. Precisamente, existía otra escalera, una escalerilla de servicio abandonada, pero por la cual aun se podría pasar. El fiacre de madame Deberle se había quedado delante de la puerta. Los llevaría á los dos por los muelles. Y el pollo repetía:

—Cálmese usted. Todo se puede arreglar. Mire usted, es por aquí.

Había abierto una puerta, y se veía la serie de las tres habitaciones pequeñas, negras, desalhajadas, que conservaban toda su hediondez. Una bocanada de aire húmedo entró en la sala. Julieta, antes de penetrar en aquella miseria, tuvo el último estallido de rebeldía, preguntando en voz alta:

—¡Cómo he podido venir aquí! ¡Qué abominación!... No me perdonaré nunca.

—De prisa,—decía Elena, tan ansiosa como ella.

La empujó. Entonces la joven se arrojó á su cuello llorando. Era una reacción nerviosa. Sentíase muerta de vergüenza; hubiera querido defenderse, decir por qué la habían encontrado en casa de aquel hombre. Después con movimiento instintivo, se recogió las faldas, como si hubiese tenido que

pasar un arroyuelo. Malignon, que había pasado delante, apartaba con la punta del pie el yeso que llenaba la escalera de servicio. Las puertas se cerraron tras ellos.

Entre tanto, Elena había permanecido en pie en medio del saloncito. Escuchaba. En torno de ella se había extendido un gran silencio, un silencio cálido y encerrado, turbado sólo por el chisporroteo de la leña reducida á brasas. Los oídos le zumbaban y no oía nada. Pero, al cabo de un rato que le pareció interminable, se oyó el súbito rodar de un coche. Era el fiacre de Julieta que partía. Entonces, Elena suspiró, y se vió en su rostro un gesto mudo de agradecimiento. El pensar en que no tendría el remordimiento eterno de haber obrado con bajeza, la anegaba en un sentimiento lleno de dulzura y de gratitud vagas. Sentíase aliviada, enternecidísima, pero con tan repentina debilidad, después de la crisis atroz de que salía, que no se sentía ya con fuerzas bastantes para alejarse á su vez. En el fondo pensaba que Enrique iba á llegar y en que era preciso que encontrase allí á alguien. Llamaron y Elena abrió en seguida.

Al pronto fué una sorpresa enorme. Enrique entraba, preocupado por aquella carta sin firma que había recibido, con el rostro lívido de inquietud. Pero al ver á Elena, dejó escapar un grito:

—¡Usted!... ¡Dios mío! ¡Era usted!

Había, en este grito, más estupor aun que alegría. No contaba con aquella cita dada con semejante audacia. Después, todos sus deseos de hombre fueron despertados por aquel ofrecimiento tan im-

previsto, en el voluptuoso misterio de aquel retiro.

—Usted me ama... usted me ama,—balbuceó.— Por fin está usted aquí... ¡Y yo que no había comprendido!

Abría los brazos y quería tomarla en ellos. Elena le había sonreído á su entrada. Pero ya retrocedía, completamente pálida. Cierta que le esperaba, que se había dicho que charlarían un rato, que inventaría un pretexto, cualquier cosa. Pero bruscamente se le aparecía la situación. Enrique creía en una cita. Nunca hubiera querido Elena tal cosa. Se rebelaba.

—Enrique, se lo ruego... Déjeme...

Pero él le había cogido las muñecas, y la atraía lentamente, como para vencerla después de un beso. El amor agrandado por el espacio de meses, dormido más tarde por la ruptura de su intimidad, estallaba tanto más violento, cuanto que comenzaba á olvidar á Elena. Toda la sangre de su corazón se le agolpaba á las mejillas; y Elena se resistía, al verle aquel rostro ardiente, que reconocía y que la asustaba. Ya dos veces la había mirado Enrique con aquellas miradas de loco.

—Déjeme usted, me da miedo... Le juro á usted que se equivoca.

Entonces el doctor pareció de nuevo sorprendido.

—¿No es usted la que me ha escrito?—preguntó.

Elena vaciló un segundo. ¿Qué decir, qué responderle?

—Sí,—dijo por fin á media voz.

No podía, sin embargo, entregar á Julieta des-

pués de haberla salvado. Era aquello como un abismo por el cual se sentía resbalar. Enrique examinaba las dos habitaciones, admirándose del alumbrado y de su mobiliario. Se atrevió á preguntar:

—¿Es esta su casa de usted?

Y como Elena se callara:

—Su carta me ha atormentado muchísimo... Elena, usted me oculta algo. Por piedad, tranquilíceme usted.

La joven no escuchaba, y pensaba que tenía razón el doctor al creer en una cita. ¿Qué hubiera hecho ella allí? ¿Por qué le habría esperado? No encontraba ningún pretexto. Ya no estaba ni siquiera segura de no haberle dado aquella cita. Envolvía un abrazo en el cual iba desapareciendo lentamente.

El la estrechaba más aun. Le preguntaba muy de cerca, con los labios juntos á los de ella, para arrancarle la verdad.

—¿Me esperaba usted? ¿Me esperaba usted?

Entonces, entregándose, sin fuerza, asaltada de nuevo por aquella lasitud y por aquella dulzura que la destrozaban, consintió en decir lo que él dijese, en querer lo que él quisiera.

—Le esperaba á usted, Enrique...

Sus bocas se acercaban más aun.

—Pero ¿á qué la carta?... Y la encuentro á usted aquí... ¿Dónde estamos?

—No me pregunte usted, no procure nunca saber... Tiene usted que jurármelo... Soy yo, y estoy á

su lado, ya lo ve usted. ¿Para qué quiere usted saber más?

—¿Me ama usted?

—Sí, le amo.

—¿Es usted mía, Elena, completamente mía?

—Sí, completamente.

Labios contra labios se habían besado. Elena lo había olvidado todo, y cedía á una fuerza superior. Aquello le parecía ya natural y necesario. Sentíase invadida por una gran paz, y ya no tenía más que sensaciones y recuerdos de juventud. En un día de invierno semejante, cuando era muchacha, en la calle de las Petites Maries, había estado á punto de morir, en una estancia sin ventilación, delante de un gran fuego de carbón encendido para planchar. Otro día, en verano, las ventanas estaban abiertas, y un pinzón perdido en la calle negra había recorrido toda su habitación de un aletazo. ¿Por qué pensaba en su muerte? ¿Por qué veía volar á aquel pájaro? Sentíase llena de melancolía y de puerilidad en el anonadamiento delicioso de todo su sér.

—Pero estás mojada,—murmuró Enrique.—¿Has venido á pie?

Bajaba la voz para tutearla, y le hablaba al oído, como si hubiesen podido oírles. Ahora que la joven se entregaba, sus deseos temblaban delante de ella, y la rodeaba de una caricia ardiente y tímida, sin atreverse ya, retardando el momento. Acometíale por la salud de ella un desvelo paternal, y sentía la necesidad de cuidarla en algo íntimo y pequeño.

—Tienes los pies calados, te vas á resfriar,—repetía.—¡Dios mío! ¡Vaya una ocurrencia la de andar por la calle con esos zapatos!

La había hecho sentar delante del fuego. Ella sonreía, sin defenderse, abandonándole los pies para que la descalzara. Sus zapatitos caseros, rotos en los guijarros del pasaje de las Aguas, estaban pesados como esponjas. Se los quitó Enrique, y los puso á ambos lados de la chimenea. Las medias también estaban húmedas, marcadas por una mancha de barro hasta el tobillo. Entonces, sin que Elena pensara en sonrojarse, con gesto de incomodado y lleno de ternura á pesar de su brusquedad, se las quitó Enrique, diciendo:

—Así es como se resfría uno, Calientate.

Había acercado un taburete. Los dos pies de nieve, delante de la llama, se iluminaban con rosado reflejo. Sentíase el calor. En el fondo, dormía la alcoba con su gran lecho. La mariposa se había anegado, y uno de los cortinajes, desprendido de su abrazadera, cubría por mitad la puerta. En el saloncito, las bujías, que ardían con llama muy alta, habían puesto el olor cálido de un final de velada. A ratos se oía por fuera el chorro de un chubasco, un zumbido sordo en el gran silencio.

—Sí, es verdad, tengo frío,—murmuró Elena con un estremecimiento, á pesar del gran calor.

Sus pies de nieve estaban helados. Entonces Enrique se empeñó en tomarlos en las manos. Las manos le ardían, y le calentarían en seguida los pies.

—¿Los sientes?—preguntaba.—Tienes los pies tan pequeños que puedo envolverlos por entero.

Y los estrechaba entre sus manos febriles. Sólo sobresalían los rosados dedos. Elena alzaba los talones, y se oía el ligero roce de los tobillos. Enrique abría las manos, mimaba durante unos segundos aquellos pies tan suaves, tan delicados, con el pulgar algo separado. La tentación fué muy fuerte, y los besó. Después, como ella se estremeciese:

—No, no, calientate. Cuando no tengas frío.

Los dos habían perdido la conciencia del tiempo y del lugar. Experimentaban la vaga sensación de hallarse ya en una noche de invierno muy avanzada. Aquellas bujías que se acababan en la tibieza adormecida de la estancia, les hacían creer que debían de haber estado en vela horas enteras. Pero no sabían dónde. Alrededor de ellos se extendía un desierto; ni un ruido, ni una voz humana; la impresión de un mar negro en el que soplaba una tempestad. Estaban fuera del mundo, á mil leguas de la tierra. Y este olvido de los vínculos que les unían á los seres y á las cosas era tan absoluto, que les parecía nacer allí, en aquel mismo instante, y tener que morir allí, en seguida, cuando cayeran uno en brazos del otro.

Ni siquiera hallaban ya palabras. Las palabras no expresaban sus sentimientos. Quizá se habían conocido en otra parte; pero aquel conocimiento antiguo no importaba. Sólo existía el minuto actual, y lo vivían largamente, sin hablar de su amor, acostumbrados ya el uno al otro como después de diez años de matrimonio.

—¿Tienes calor?

—Sí, sí, gracias.

Una inquietud la hizo inclinarse, y decir en voz baja:

—Mis zapatos no se van á secar.

El la tranquilizó; cogió los zapatitos, y los apoyó contra los morillos de la chimenea, diciendo en voz muy baja:

—Así se secarán, te lo aseguro.

Se volvió, le besó de nuevo los pies, y subió hasta la cintura. El tizón que llenaba el hogar les quemaba á ambos. Elena no sintió el menor impulso de rebelión ante aquellas manos palpadoras, á las que el deseo extraviaba de nuevo. En el desvanecimiento de todo cuanto la rodeaba y de lo que ella misma era, quedaba sólo el único recuerdo de su juventud, una estancia en donde hacía un calor tan fuerte como aquel, un gran hornillo con planchas sobre el cual se inclinaba ella. Y recordaba que había experimentado un anonadamiento semejante, y que aquello no era más dulce que los besos de que Enrique la cubría, no le daban una muerte lenta más voluptuosa.

No obstante, cuando de repente la cogió él en brazos, para llevarla á la alcoba, sintió Elena una ansiedad postrera. Creía que alguien había gritado, y le parecía que olvidaba á alguien que sollozara en la sombra. Pero fué tan sólo un estremecimiento; miró en torno de la estancia, y no vió á nadie. Aquella habitación era desconocida para ella, y no le hablaba ningún objeto. Fuera caía un chubasco más violento con clamor prolongado. Entonces, como asaltada por la necesidad de dormir, se dejó caer sobre el hombro de Enrique, y se dejó

llevar. Detrás de ellos, el otro cortinaje se escapó de su abrazadera.

Cuando volvió Elena, con los pies descalzos, á coger sus zapatos de delante del fuego que se moría, pensaba que nunca se habían amado menos que aquella tarde.